

hortaciones lo decidieron. Encontró el título del periódico: ¡*Quizás!* que constituía como una alusión á sus esperanzas. Galopó una semana por Florencia con su chistera y sus zapatitos, en busca de un impresor y de secretario ó administrador, y se dió por muerto, cazando epistolarmente un corresponsal en cada una de las partes de Italia.

Y en esto se reveló toda su prodigiosa fecundidad en punto á ilusiones.

Se había imaginado (¡y no se engañaba el pícaro!) que el periódico se habría autorizado bien y pronto, si hubiese contado como crítico musical á Verdi, por corresponsal en París á Víctor Hugo, por colaborador en Londres á Carlos Dickens, y otros de igual renombre en otros países. Y no hay que extrañar que acogiese en serio esta idea, porque él era en el mundo intelectual, lo que el niño en el mundo físico, que no teniendo concepto exacto de tamaños ni distancias, alarga la mano para coger la luna. Y con efecto, escribió á todos... El proceso de su ilusión era admirable. Decía á cualquiera de nosotros tocándonos con el codo, así como en secreto y como quien dice una novedad y una cosa muy atrevida:—¡Si se pudiese contar con la colaboración de Hugo! ¿Eh?

¿Qué dices? ¿Qué golpe, eh!—El día siguiente decía á otro amigo como la cosa más natural del mundo:—¿Sabes? He escrito para la colaboración á Víctor Hugo.—Tres días después decía á un tercero:—¡Una buena noticia: contamos con la colaboración de Víctor Hugo!—Y esperando la respuesta de París, ya creía tenerla y afirmativa.

Ni Verdi, ni Hugo, ni Dickens, no sé por qué aceptaron el ofrecimiento. Pero al *Quizás* no le importó.

Recuerdo con placer indecible la noche que nos invitó á los amigos para solemnizar la inminente salida del periódico: ¡dos frascos de vino de Chianti y dos docenas de anchoas! Las oficinas del *Quizás* se reducían á un cuarto desnudo y poco limpio, que él alquilaba por horas á la dirección de otro periódico político popular instalado en un cuarto piso. El mobiliario consistía en una larga mesa de madera en bruto, hecha de dos tablas y dos caballetes ó pies de catre, y cuatro sillas derrengadas de paja. Dos ó tres, nos sentamos en viejos cestos de papeles, vueltos boca abajo.

Ghigheri nos presentó como secretario, administrador, corrector, escribiente de las fajas y encargado de los repartos y envíos,

á un pequeño jorobado, paisano suyo, que había desenterrado Dios sabe de donde, y cuya deformidad digna de compasión no nos impidió de prorrumpir en una gran carcajada cuando nos ofreció su tarjeta, donde se leía: *Fulano de Tal, antiguo profesor de lenguas occidentales*. ¡Qué diablos! Está bien el respeto á la desgracia; pero hay ciertas provocaciones...

¡Ghigheri, con su eterna flor en el ojal, era feliz! Su cara de pescado fosforecía. Tenía sobre la cabeza como un nimbo luminoso de esperanza. ¡Y qué esperanzas! Estaba seguro del éxito; nos preguntó qué se decía del *Quizás* por las calles de Florencia. Contaba con un primer número espléndido: un soneto inédito de Prati; una poesía suya nominada *¡Infelices!* dirigida contra sus adversarios; se habían pegado por las esquinas ciento cincuenta anuncios; se había asegurado la colaboración de una falanje de señoritas. Las suscripciones crecerían por docenas... Nos hizo vaciar los dos frascos; recitó versos; habló de su padre y de su madre; emborrachó al jorobadillo, lloró, nos retuvo hasta que se consumieron las dos velas de sebo, y desde lo alto de la puerta, cuando bajamos nos gritó: —“¡Alguna cosa hay aquí dentro!”, con un

acento tan caluroso y alegre, con tal tono de persuasión, que casi salimos á la calle conmovidos.

Pero... ¡ay de mí! El periódico, que salió al día siguiente, un pedazo cuadrado de papel que parecía un pañuelo, era un tal mísero conjunto de migajas de quincallería arcádica y de lugares comunes escolarescos, que superaba las previsiones más vituperables. Figuráos después, que se había impreso el soneto de Prati, con un solo terceto, comiéndole el otro, y que el jorobadillo borracho, había hecho tal pastel en la paginación, que era preciso andar buscando de aquí para allá los miembros esparcidos de los artículos como hacen los chicos con los cubos pintados para recomponer el cuadro del rompe cabezas de la caja. Salido el segundo número, el *Quizás* espiró; pero no sin haber producido un cierto rumor á causa de la originalidad de su *Correspondencia particular*, á la cual Ghigheri había concedido grande amplitud. Aquel pobrecillo tenía la desgracia de no poder dirigir cuatro palabras á una señorita sin incurrir en las más deplorables equivocaciones. Algunas de estas que aparecieron en el segundo y último número recorrieron media Florencia. “Señorita L. L.—*Sassuolo*,”

—Mandadnos alguna de vuestra poesías. La publicaremos en primera página. Ya sois conocida hasta aquí mismo: ¡Se sabe que habeis hecho de las buenas!—“Señora A. R. D. —*Modena*.—Buena la novela. Pero hay que enmendar. ¿Está dispuesta á dejársela retocar?”—“Señorita Z.—*Liorna*.—¿Cuándo se publicará el poemita? ¡Si quisiera concedernos sus primicias! Tendríamos mucho placer nosotros y ganaría mucho con ello, probablemente, su volumen.”

Por esto, la muerte del periódico fué sinceramente lamentada por muchos.

Pero Ghigheri no se amilanó. Habló de enemigos, de la conjuración del silencio; pero confesó que se había arriesgado á tan ardua empresa con fondos insuficientes.—¡Si hubiese podido durar hasta el décimo número!... Todo habría cambiado. Me había prometido un artículo Francisquito.

—¿Qué Francisquito?

—¡Sanctis! (*). Verdi, parecía bien dispuesto. Guardaba yo ya en mi gaveta un monte de manuscritos! En fin, volveré á intentar más adelante... ¡No es un camino cu-

(*) Francisco de Sanctis, célebre escritor de crítica, ministro que ha sido de Instrucción pública.

bierto de rosas, ya lo sabía yo perfectamente!

Y se engolfó nuevamente en la lirica. Lo veíamos alguna vez por la noche, tarde, dar vueltas con pasitos rápidos por ciertas plazas ópaseos, chistera en mano... sin duda *creando* alguna poesía... Una noche lo encontré completamente solo, plantado en una esquina, sumido en sus pensamientos. Me acerqué á él de puntillas sin que me viese, y dándole de improviso una palmada en el hombro, le dije:—¿Qué haces?—Y él, volviéndose, me contestó, me hago un *estilete* propio.

—¿Y á quién quieres matar? le repliqué.

El creía que yo le había querido interrogar en qué se ocupaba en aquellos días. Estaba haciendo precisamente una recolección de frases de la prosa de Pedro Giordani, porque después de haber pensado bien en ello, había reconocido la necesidad de hacerse fuerte también en la prosa.—Mi gran dificultad,—dijo—está en la *liga* de los periodos. Se había enamorado de esta palabra cuyo sentido no comprendía con claridad. Hablaba á cada instante de *ligas* de las frases.—¡Bella *liga*! —exclamaba al oír leer un párrafo de un periódico.

Después desapareció algunos días. Supimos que se había prendado de una dama y

que le había inspirado igual pasión. Se trataba de una literata un poco *fanè*, con un largo cuello de pajarraco desplumado, mujer de un empleado en el ministerio de la Guerra, la cual le había mandado un grueso paquete de versos alejandrinos rimados pareados, para el segundo número del *Quizás*. Se la vimos llevar del brazo una noche. Él llevaba rostro de triunfo con tal conquista. Acaso esperaba de aquel amor un soplo nuevo de nueva y poderosa inspiración; tal vez pensaba que cuadraba bien á su corona de poeta aquel poco de aureola de *Don Juan*. Volvió cierto día á nuestra tertulia y aludió á aquella su pasión con frases extraordinarias y misteriosas, las cuales, naturalmente le cortamos en los labios de repente según costumbre, con la habitual estratagema, y en cuanto advertimos que habían sido pescadas en Giordani.

Pero la intriguilla amorosa no duró mucho. Nos dijeron que el marido, habiendo adivinado la *liga*, para pasar desde el ministerio de la Guerra al Parnaso, había plantado al poeta en mitad del arroyo. Una noche nos leyó él una poesía satírica de dos estrofillas aludiendo al marido, cuyo último verso me acuerdo que decía:

“¡Nací poeta, y guay del que me toque!”

Pero se comprendía que no hubo *guay* en el marido para tocarle; porque además él llevaba una señal roja debajo de la oreja... Nos aseguró que aquello era la señal de un beso; á nosotros nos hizo el efecto de que era un tolondrón hecho con otra cosa más contundente que los labios. Pero no logramos saber más.

Licenciado el amor, volvió entre nosotros con toda la frescura de sus primeras esperanzas. Á decir verdad había alguno en nuestra partida á quien aquella obstinada alucinación comenzaba á poner nervioso, y al cual se le pasaban buenas ganas de decirle el mejor día cara á cara la verdad pura y desnuda. Pero los demás lo convencimos de que debía callar. ¡Era tan buen chico! Y por otra parte ¿á qué pro herirlo brutalmente en su amor propio, cuando todos podían recrearse á su costa? En una sola ocasión lo vi tomar á mal una broma. Fué una noche en que uno de nosotros que tenía en la mano el famoso cuadernito lo colocó sobre un platillo de café y soplándolo lo mandó como un volante á los vecinos de otra mesa. Ghigheri corrió á recogerlo, se lo guardó y exclamó con tono

de resentimiento:—¡Con los *manuscritos* no se juega!

Hago caso omiso de las burlas innumerables que se le hacían: Cartas suplicantes de editores; tarjetas dejadas en su casa de grandes escritores extranjeros, y otras cosas por el estilo, de cuyas bromas él sonreía mansamente (después de breve incertidumbre, por supuesto), y como si todas estas chanzas fuesen anticipaciones de cosas que en el porvenir le ocurrirían seguramente. Entre una y otra guasa, proseguía disparando poesías copiadas en el cuadernillo, el cual sin embargo, no sé por que cualidad milagrosa, las contenía todas sin crecer de volumen y conservando siempre algunas hojas en blanco.

Pero bajo el furor poético seguía perenne la idea del periódico. Y después de muchos esfuerzos, con efecto, consiguió por último sacarlo otra vez á luz. Salieron en esta segunda época cuatro números, y la *Correspondencia particular* continuó dando que hablar; pero la hoja murió al cabo de un mes, lo mismo que el año anterior.

Pero ¡ay! las consecuencias fueron muy otras en esta ocasión. No supimos por qué, Ghigheri vivió en otro círculo y alejado del nuestro. Dos meses pasados, volvió á nos-

otros como hijo pródigo. Se había operado una mudanza en él. Parecía cansado y preocupado. Pedimos noticias por varios lados, y nos informamos de que, á causa de sus frecuentes y prolongadas distracciones literarias, había sido despedido de las oficinas de la Sociedad de Seguros; que se encontraba en la calle y con el día y la noche, y que inútilmente buscaba ocupación llamando de puerta en puerta. De su situación pronto nos dieron muestra el estado de su sombrero de copa, que perdía su brillo, su chaqué que lo adquiría por los codos, la blancura de sus grandes puños que sombreaba con tonos azules y grises. Luego empezamos á verlo palidecer y con los ojos cargados, lo cual nos hizo sospechar que no comía ni bien ni bastante; y entonces, hasta aquellos que le habían tomado hasta manía, acabaron por tenerle compasión.

Y debo decir que ocultó y soportó la pobreza heroicamente no pidiendo nada á nadie, aceptando sólo alguna que otra comida, casi á la fuerza; constantemente más y más enroscado en sus esperanzas y más amorosamente perdido detrás de las musas, más aún: mientras más se entristecían sus asuntos, tanto más parecía que floreciesen sus ilusio-

nes. Le venían hácia arriba de las profundidades del estómago vacío las más audaces ideas. Cada día echaba fuera una nueva. Cierta día, vista la dificultad de abrirse camino en Italia se proponía ir á Francia, *hacerse un nombre* allí, y con el bautismo de la gloria parisiense volver á la patria, donde sin asomo de duda se le abrirían de par en par todas las puertas. Otra vez pensó una estupenda: escribir una novela con clave, —en verso, — por supuesto, de la cual nadie entendiese una palabra, que atormentase á todos los cerebros, como un enigma sobrenatural; y luego publicaría un libretillo, *la clave*, donde todos los misterios se revelasen, de manera que su literatura provocase una continua exclamación de asombro y de estupor; un nuevo género de placer artístico, agudísimo, ingeniosísimo, casi insoportable como el de un hombre que á cada tic-tac de su reló tuviese una visión de un mundo nuevo. Otro día, una idea fulgurante. Una fábula en octavas con ilustraciones de Domingo... —¿Qué Domingo? —¡Eh! ¡qué diablo! Domingo Morelli, el autor de las *Tentaciones de San Antonio*, el primer pintor de Italia. El libro habría tenido un éxito inmenso. No se presentaba otra dificultad que la pequeña de convencer

á Morelli; pero él decía, que, leída la fábula, no le habría el artista rehusado su cooperación. Y así, soñando, esperando, enflaqueciendo, repitiendo siempre su *Algo hay aquí dentro*, corriendo tras un empleo que corría más que él, comiendo Dios sabe qué y de qué manera, y mostrando cada día un poco más la trama de sus vestidos, pero sin quitarse jamás su flor del ojal, siguió tirando por espacio de casi un año.

Luego desapareció del modo más raro.

Estábamos sentados delante de cierto café seis ó siete amigos. Él estaba más triste que de costumbre. Parecía ser que de algún tiempo á aquellos días los camareros lo molestaban con miradas desdeñosas, habiendo husmeado su hambre. En un momento dado, excitado un poco por la cerveza que había bebido, quizás en ayunas, sacó del bolsillo su cuaderno y principió á leer versos dedicados á su madre, en los cuales, bajo la habitual mezquindad de la forma, había, sin embargo una cierta dulzura de sentimiento; y leyendo se conmovió, y se le saltaron las lágrimas; y estaba precisamente en el instante en que iba á obtener un éxito mediano, un *succés d'estime*, el primero de su carrera literaria, cuando el destino adverso se in-

terpuso. Tenía el cuadernito abierto sobre la palma de la mano; hacía viento, y una ráfaga se lo arrebató, tirádoselo al suelo. Mientras se lanzó á recuperarlo, otra racha de aire lo llevó más lejos, como hoja seca. Alguno de nosotros se echó á reír. Los camareros del café soltaron el trapo á grandes carcajadas. Encarnado como la grana por el despecho, continuó persiguiendo el cuaderno, que prosiguió escapando, volteado por el viento, bailando en el remolino. Era una cosa bufa y triste á la vez; nunca se había visto una tan sincera imagen del hombre que corre detrás de una ilusión. ¡Y parecía que el viento arreciaba ante su desesperación: las hojas se descosieron, se desparmaron, revolotearon más ligeras, y él siempre detrás de unas y otras, con una mano sujetándose el sombrero de copa, acudiendo con la otra para apresar ésta ó aquella hoja, hasta que desapareció allá tras de la esquina cercana de la iglesia de enfrente. ¿Qué sucedió en su ánimo después? ¿Se ofendió por las risotadas de los mozos? ¿Se le cambió el corazón y los sentimientos con respecto á nosotros de repente? ¡Quién es capaz de saberlo!

El hecho es que no volvió más desde aque-

lla noche que no tornamos á verlo al día siguiente, ni en los sucesivos, y que nadie de cuantos lo conocían le echó la vista encima en Florencia desde entonces hasta hoy. Y nosotros nos quedamos con aquella última impresión cómica y compasiva á la vez del pobre Ghigheri, arrebatado con todo su patrimonio poético, todas sus esperanzas de gloria por una ráfaga de viento.

No lo volví á ver más que una vez sólo, diez años después, en Milán, donde nos encontramos cara á cara, dándonos un encontrón al doblar una esquina; nos reconocimos inmediatamente. Él me saludó con cierta cordialidad contenida y un tanto melancólica. No había cambiado mucho. Sólo en las sienes tenía algunas canas, y de la boca de pescado abierta le colgaban los labios, caídos en las comisuras. Ya no llevaba la flor en el ojal; nada de sombrero de copa; nada de puños: iba vestido como artesano limpio. Al primer saludo reconocí la nota buena é insinuante de su voz. Le pregunté:—¿Y la poesía?—Ahora estoy en la prosa,—me respondió. Y me explicó su contestación, enseñándome una mano, en la cual llevaba un papel con una muestra de trigo. Era agente de granos.

Después de esto, un poco embarazados ambos, sin saber qué decirnos, nos despedimos.

—¡Hasta la vista!—le dije.

—Adiós—me respondió.

Pero como ocurre con frecuencia entre personas que se encuentran de nuevo, pasados muchos años, dados apenas diez pasos en dirección opuesta, nos volvimos uno y otro para mirarnos mutuamente la facha por la espalda, furtivamente.

Yo fingí haberme vuelto para volver á saludarle, y él con sonrisa triste se tocó con la mano la frente y pronunció sin duda algunas palabras, que no oí, pero que adiviné debían de ser:—Y sin embargo... ¡algo hay aquí dentro!

Y desapareció.

¡Pobre Ghigheri, todavía le duraban las ilusiones.

¿Pobre Ghigheri?

¡Ah, Dios mío, si bien se reflexiona!.. Todos nos señalamos ó golpeamos la frente con la mano diciendo: *¡Algo hay aquí!* Él creía que detrás de su frente había poesía, mientras no había sino granos de trigo. Cierto; pero otros creen que hay mucho de muchas cosas, mientras que no hay sino muy poco

y de una sola cosa; otros creen que todo lo que tienen dentro es cosa de ellos, en tanto que es materia de otros; otros, en fin, creyendo haber sacado á luz de su parto durante veinte años pensamientos libres y generosos, advierten un día con amargura que no han dado á luz sino nonadas, mentiras heredadas y adulaciones cobardes, fundadas en el conubio social en que han nacido. Y para todos llega más tarde la ráfaga de viento que nos arranca el cuaderno de las manos, y todos hacemos la triste figura corriendo tras de él, hasta desaparecer como Ghigheri detrás de una Iglesia.

¡Ah, ríe de nosotros á tu vez, pobre Ghigheri, y en gracia á la sinceridad con la cual me declaro de tu familia, si un día reconoces tu retrato en estas páginas, acepta la broma, como veinte años há, y perdona á tu viejo amigo.

